

# El olvido imposible

## *The impossible oblivion*

Por Vanina Muraro<sup>1</sup>

---

### RESUMEN

El presente artículo toma como objeto al olvido y su retorno. Para mayores precisiones: al olvido que fracasa, filtra, deja pasar por alguna hendidura un residuo del material que se intenta desterrar.

En las siguientes páginas daremos cuenta de esa dialéctica, así como del valor de señuelo de aquel material que insiste sin ser exactamente lo buscado. Se expondrá de qué manera dicha dialéctica, paradójicamente, esconde e indica un texto, y provoca en el soñante una profunda sensación de intriga que da surgimiento al deseo del saber posibilitando, en ocasiones, el inicio del trabajo analítico.

Para concluir distinguiremos este deseo nacido bajo transferencia de la manifestación del deseo de saber, que desafía el afecto característico de las neurosis: el horror al saber.

**Palabras clave:** Olvido - Sueño - Recuerdo - Horror - Saber

### ABSTRACT

The present article takes as an object the oblivion and its return. For more precisions: to the oblivion that fails, the one that filters, the one that lets pass through some cleft a residue of the material that is trying to banish.

In the following pages we will talk about that dialectic, as well as the decoy value of that material that insists without being exactly what is searched. It will be explained how that dialectic, paradoxically, hides and indicates a text, and provokes in the dreamer a deep sense of intrigue that gives rise to the desire for knowledge, making possible, at times, the beginning of analytical work.

To conclude, we will distinguish this desire born under the transfer of the manifestation of the desire to know, which challenges the characteristic affection of neuroses: the horror of knowledge.

**Keywords:** Oblivion - Dream - Memory - Horror - Know

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires (UBA). Facultad de Psicología. Doctora en Psicología, Facultad de Psicología (UBA). Investigadora y Profesora de grado y postgrado de la Facultad de Psicología, (UBA). Miembro del Foro Analítico del Río de La Plata y A.M.E. de la Escuela de los Foros del Campo Lacaniano. Autora de numerosos artículos científicos y de los libros *Interpretación y vanguardia*, (Letra Viva, 2019), coautora de *Las tragedias del deseo* (Letra Viva, 2014) y *Variantes de lo tíquico en la era de los traumatismos* (Letra Viva, 2014). E-Mail: vanina.muraro@gmail.com

## Introducción

Existen algunas características comunes a las neurosis que nos permiten reconocer la particularidad de la estructura; entre estas especificidades podemos situar una posición típica frente al saber: el horror.

Una de las tesis freudianas sostiene que la neurosis descansa en una suerte de ignorancia frente a aquello que conlleva un padecimiento. El neurótico es aquel que padece de algo que ignora porque en algún momento ha escogido olvidar, desterrar determinados elementos del suelo de la consciencia. Ese destierro ha tenido como función principal evitar un conflicto entre las diferentes mociones pulsionales y el yo; con ese fin, ha practicado, como explicita Freud en su texto técnico “Recordar, repetir y elaborar”, *la política del avestruz* y, frente a la representación inconciliable ha optado por el aislamiento o la amnesia.

Ese proceso puede haber sido exitoso, quizás durante mucho tiempo ha mantenido a raya lo que se intentaba desalojar pero, más tarde o más temprano, la argucia se revela ineficaz. Ese no saber acerca del deseo que divide al sujeto es el germen del malestar neurótico que retorna por la vía del síntoma.

En una frase temprana de Lacan, pronunciada durante el dictado de su tercer Seminario, el psicoanalista da cuenta del lazo indisoluble entre lo reprimido y su retorno:

Lo que cae bajo la acción de la represión retorna, pues la represión y el retorno de lo reprimido no es sino el derecho y el revés de la misma cosa. Lo reprimido siempre está ahí, y se expresa de modo perfectamente articulado en los síntomas y en multitud de otros fenómenos (Lacan, 1955-56: 24).

La presencia de una cara de la moneda garantiza la presencia de la segunda resultando de este modo imposible un confinamiento definitivo de lo censurado. El retorno inevitable puede vehiculizarse de diversos modos, pero si acontece por la vía de los síntomas el malestar no se hace esperar y puede provocar la visita a un analista. Podemos trazar entonces rápidamente una relación entre ese no querer saber del neurótico y el padecimiento que lo aqueja; sin embargo, la consulta no tiene como motivo la intención de subsanar ese déficit en el saber.

La demanda, afirma Lacan en *El Seminario 7. La Ética del Psicoanálisis*, tiene por objeto la felicidad. La misma se traduce, en muchas ocasiones, como una demanda de retornar al estado anterior, de equilibrio aparente, donde la represión era aún exitosa. Es decir, cuando la censura no dejaba filtrar mayores angustias, no exigía inhibiciones desmedidas por parte del yo o se expresaba bajo el síntoma asimilado a la conducta, en su cara de solución del conflicto originario.

En este trabajo nos interrogamos acerca de cómo convive el rechazo estructural un saber que concierne al sujeto y la disposición al trabajo, necesaria en el analizante, para que esta posición inicial, solidaria del proceso represivo, se conmueva.

Tomaremos a continuación un personaje bíblico, el Rey Nabucodonosor, para ilustrar el inevitable retorno de lo reprimido y la diferencia entre el deseo de saber y el deseo de desciframiento.

## Un Rey inquieto

Cuenta la Biblia que, en una ocasión, el Rey Nabucodonosor se despertó perturbado a causa de un sueño del que no podía recordar siquiera una palabra del mismo. A pesar de este olvido, Nabucodonosor se sentía intranquilo ya que tenía la certeza de que el sueño portaba un mensaje cifrado acerca de su futuro. Su creencia respondía a la concepción profana del sentido de los sueños, propia de la antigüedad, que es cuidadosamente detallada por Freud en su “6° Conferencia. Premisas y técnica de la interpretación”.

El modelo de interpretación profana coincidía con el psicoanálisis en adjudicar un sentido a esta manifestación del inconsciente pero, lejos de vincular este sentido a un deseo del soñante, le otorgaba al sueño un valor premonitorio.

Habitado por esa inquietud, el emperador no cesó hasta develar el misterio. Hizo llamar a todos los adivinos, sabios y hechiceros del reino para que resolviesen el enigma. Pero estos, como haría cualquier analista, que no podría prescindir del relato del contenido manifiesto del sueño para ensayar alguna interpretación, le preguntaban al Rey qué había soñado. Al haber olvidado éste por completo el texto del sueño, el trabajo interpretativo no conseguía progresar. Enojado ante este obstáculo el soberano les advirtió:

—Mi decisión ya está tomada: Si no me dicen lo que soñé, ni me dan su interpretación, ordenaré que los corten en pedazos y que sus casas sean reducidas a cenizas. Pero, si me dicen lo que soñé y me explican su significado, yo les daré regalos, recompensas y grandes honores. Así que comiencen por decirme lo que soñé, y luego explíqueme su significado.

Llegado ese punto muerto en la interpretación de los sabios, disconforme con esta labor, Nabucodonosor los asesinaba uno tras otro sin piedad, cumpliendo con su palabra. La Biblia narra que, finalmente, fue convocado Daniel a develar el misterio y la noche previa al encuentro con el Rey el mismísimo Dios, queriendo evitar que el Profeta sufriese ese fatal destino, le reveló el contenido del sueño y la interpretación del mismo.

Este pasaje nos resultó paradigmático para ilustrar la imposibilidad del olvido. Testimonia de qué manera, aun la censura más eficaz está condenada al fracaso y deja, a su paso, las huellas de lo cercenado: un término incorrecto – cuando el significante olvidado se resiste a venir a nuestros labios–, un decir trunco o incompleto, la imagen vívida de aquello que no podemos nombrar o, simplemente, como en este caso, la sensación de desasosiego que acompaña al olvido. Es precisamente de ese tipo de

olvido de los que se ocupa el psicoanálisis: el olvido que fracasa, filtra, deja pasar por alguna hendidura un retorno del material que se intenta sofocar.

El analista-intérprete se guía a través de las fallas de la operación de la represión. Se orienta, especialmente, por sus imprecisiones que afectan, conjuntamente al material que se intenta reprimir, a muchas otras piezas que se ligan a éste de una manera hasta Freud desconocida. El analista persigue esas pequeñas huellas de lo olvidado, palabras que vienen al lugar de aquella que no aparece en el momento preciso, recuerdos encubridores y otras formaciones similares. Trazas que hacen del olvido una tarea imposible y, en su error, delatan la amenazadora existencia de lo Otro, una dimensión distinta a la consciente que sin embargo nos atañe.

Sin embargo, como decíamos, el malestar no convier- te mágicamente al sufriente en un analizante, ni siquiera a aquel que acude a una consulta. Asistimos en la sentencia de Nabucodonosor, –que se resume en recompensar a quien develase el misterio o aniquilar a quienes se declarasen impotentes ante éste– a una expresión engañosa del *no querer saber* del propio monarca. Éste parece dispuesto a averiguar el sentido profético de su sueño siempre y cuando esa tarea la realicen los exégetas. Pero no muestra disposición alguna, en cambio, a hacer el esfuerzo de acceder a ese saber no sabido por sus propios medios, no se pregunta acerca de su ignorancia, ni sobre el porqué de la represión que se ha llevado tras de sí hasta al más mínimo girón de recuerdo acerca del contenido de lo soñado; quiere que otro le revele ese misterio. Es así que vemos dibujarse en el Rey, gracias a la inquietud que le ha producido el sueño, un deseo del saber, la demanda de que Otro le otorgue algún sentido que apacigüe esa intranquilidad pero ni por asomo un deseo de saber.

### Horror al saber

El *no querer saber* acerca de lo traumático, como anunciábamos, es una posición típica de las neurosis. Precisamente por ello la regla fundamental se encuentra diseñada para burlar al yo en su labor de censor del contenido inconsciente.

A lo largo de su obra, Freud va elaborando algunas precisiones al respecto de esta tarea. En el capítulo titulado “Sobre psicoterapia de la histeria” de *Estudios sobre la histeria*, refiriéndose al método de presión en la frente, escribe: “El procedimiento de la presión, no es más que un ardid para sorprender por algún momento al yo que se place en la defensa” (Freud, 1985: 284).

Unos párrafos después, en el mismo artículo, recomienda que no se espere que las comunicaciones del enfermo, faciliten al analista discernir los lugares desde dónde penetrar en lo profundo; por el contrario, eso se oculta con recelo, sistematizando el material hasta brindarle una apariencia cerrada y congruente.

Frente a esta dificultad proveniente de la sistematización yoica del material, Freud indica que si se escruta con ojo crítico la exposición del enfermo pueden localizarse

en el texto, *infaliblemente*, fallas y lagunas. Las mismas evidencian que se ha roto un nexo y el enfermo completa, como puede, en forma artificial, ese nexo afectado por la represión. Será detrás de esas enmiendas, tropiezos de la voluntad yoica del decir, puntos débiles en el entramado del texto, donde deberemos buscar el acceso a los estratos más hondos. Por ello para el psicoanalista, la vacilación es el sutil indicio de la existencia de un material que ha sido censurado de la conciencia. Ubicar esas fisuras en el discurso del analizante será crucial: “De tal suerte que toda la masa del material patógeno, se filtrará como por una estrecha hendidura, y aparecerá en la conciencia como descompuesta en fragmentos y jirones” (Freud, 1985: 296).

¿A qué se debe esa reticencia del yo en colaborar con el esclarecimiento que exige la cura? Es que el afecto que acompaña esta experiencia no es otro que el horror al saber.

Resultan numerosas las consideraciones de Lacan que toman por objeto al saber que concierne al psicoanálisis. Algunas de las reflexiones se centran en las distinciones entre saber y conocimiento, enmarcando al segundo como algo plausible de acumularse, diferencian los diferentes tipos de saberes, el del médico y el del paciente; o bien, el saber de lo general, propio de la filosofía y el saber específico del psicoanálisis. Un desarrollo metódico sobre este tópico excedería los desarrollos del presente artículo. En cambio, nos centraremos en algunas consideraciones en las que el autor retoma cuidadosamente la particular relación al saber en las neurosis. Vínculo que haya su expresión en el dispositivo pivote inventado por Lacan: el Sujeto supuesto al Saber, ya que la transferencia no es otra cosa que amor que se dirige al saber (Lacan, 1973: 584).

En la clase XIV, por ejemplo, del Seminario 12. “Problemas cruciales para el psicoanálisis”, correspondiente al 5 de mayo de 1965, Lacan dirá que hay en el síntoma mismo una indicación relativa al saber y distanciándose de las pretensiones científicas, reniega de un saber de clasificación y compara la práctica de presentaciones de enfermos de la psiquiatría a la del psicoanálisis. Afirma, a continuación, que el clínico no sabe más que la mitad del síntoma:

Si el clínico que presenta no sabe más que una mitad del síntoma –como acabo de articularlo, recordándoles esos ejemplos de Freud– más que una mitad del síntoma, es él que tiene la carga, que no haya presentación del enfermo, sino diálogo de dos personas y que, sin esta segunda persona, no habría síntoma acabado. Aquel que no parte de allí está condenado, como es el caso para la mayoría, a dejar la clínica psiquiátrica y estancarse en las vías de donde la doctrina freudiana debería haberlo sacado. (Lacan, 1965: s/d).

La mitad del mensaje que porta el analista está destinada a funcionar como invitación a decir algo más, *palabra que incita*, como denomina Lacan a la interpretación en su conferencia pronunciada en Niza, “El fenómeno lacaniano” (Lacan, 1974: 6). Y la mitad que será

necesario hacer surgir –hacer consciente lo inconsciente reza la fórmula freudiana– es aquella que se encuentra retenida, desfigurada o desconectada para el propio sujeto. De allí la indicación de Freud acerca de la ineficacia de las comunicaciones de saber del médico al enfermo quien, aunque escuchase obediente, *quedaría como no tocado*. Esta segunda mitad ha sido rechazada por portar un núcleo de real, que despierta inevitablemente un afecto del horror al saber.

Una de las autoras que más se ha ocupado del tema de los afectos propios de la experiencia analítica, durante la última década ha sido Colette Soler. En su texto *El fin y las finalidades del análisis*, Soler señala la existencia de un primer afecto propio de la transferencia que describe como la espera, espera por parte de aquel que encarna el lugar del analista.

La espera es un afecto imprescindible para que la labor analítica comience y si la transferencia reviste su modalidad de motor, dará paso a un segundo afecto que acompaña la tarea: el goce del desciframiento. Esta última manifestación constituye un afecto positivo, expresa una demanda de sentido que se dirige al analista en busca de alguna versión que atempere el enigma.

Ante lo real, ese goce intrusivo y carente de razones que provoca angustia, el analizante experimenta un efecto apaciguante cuando consigue explicar al menos una parcialidad de su padecimiento. De esa manera, el sentido que surge del trabajo analítico ensambla las formaciones de goce con la verdad del sujeto, les otorga, verosimilitud. En otras palabras, transforma el goce sintomático, en un goce que el sujeto toma como propio.

Se trata del uso del sentido en el que Lacan repara a partir de *El Seminario 17. El Reverso del Psicoanálisis* y en los textos posteriores –“Radiofonía” y El atolondradicho”– que denominará: “la debilidad del sentido”.

La apelación a un sentido que se superpone a lo real dotándolo de algún tipo de explicación constituye un movimiento en el cual el sujeto de pasivo pasa a dibujar cierta actividad y, por consiguiente, experimenta un atenuante momentáneo de la angustia. Además está decir que no es forzoso que la explicación sea verdadera, simplemente ésta vela el absurdo de lo real sin ley. Volviendo a nuestro Rey Nabucodonosor, si hubiese tropezado con algunos intérpretes más cínicos estos bien hubieran podido calmar la ansiedad del emperador propinando alguna interpretación apócrifa; el motivo de su muerte trágica es que tomaban seriamente su oficio.

Lacan no fue el único en advertir que el sentido funciona como una prótesis humana frente a lo disruptivo. Antes que él, Nietzsche, en su libro *El crepúsculo de los ídolos* había abordado el “error de las causas imaginarias”. Lo hizo tomando como ejemplo un ruido que perturba el sueño: el sonido de un lejano cañonazo. Relata que el soñante explica ese ruido con una causa, que toma la estructura de una pequeña novela, en la que precisamente él mismo es el protagonista. Dirá que por unos instantes esa sensación continúa, en una especie de resonancia:

...espera, por así decir, a que la pulsión de buscar causas le permita pasar a primer plano, ya no como casualidad, sino como “sentido”. El cañonazo comparece de modo casual, en una patente inversión del tiempo. Lo posterior, la motivación, se vivencia primero, frecuentemente con cien detalles que pasan con la velocidad de un rayo, el disparo viene a continuación... (Nietzsche, 1887: 45. El subrayado corresponde al original).

Es decir, las representaciones producidas por un estado de agitación son elevadas al lugar de causa del mismo. Y agrega:

De hecho, en el estado de vigilia lo hacemos también así. La mayor parte de nuestras sensaciones generales (...) excitan nuestra pulsión de buscar causas: queremos tener una razón de que nos encontramos de tal y tal modo: no admitimos ese hecho –no nos hacemos conscientes de él– hasta que le hemos dado una especie de motivación (...) Surge así el acostumbramiento a una determinada explicación causal, que en verdad inhibe e incluso excluye una investigación de las causas (Nietzsche, 1887: 45. El subrayado corresponde al original).

Como una respuesta rápida y eficaz a la intranquilidad que provoca lo que carece de sentido, el “instinto de buscar causas” o “sed de sentido” explica ese estado con una respuesta que obtura la inquietud que se hace patente ante cualquier pregunta. Verificamos que el filósofo sostiene también que es la dimensión humana la que padece de la “pulsión de la causa”. Ésta opera como un tratamiento a ese goce intrusivo y carente de sentido, “condicionada y excitada por la sensación de miedo”.

Lacan va un paso más allá de la explicación de Nietzsche, y desnuda en la “debilidad del sentido” la presencia de un goce que habita el desciframiento. Desde esta perspectiva, la adjudicación de sentido al síntoma no sólo no disuelve el goce que este encierra, sino que a su vez supone un goce en sí mismo. Esta concepción parte de considerar en el hablante la producción de un goce del sentido: *jouis-sens*. Se trata de un goce del lenguaje en tanto genitivo objetivo –o goce del lenguaje como objeto–.

Soler se ocupa de distinguir cuidadosamente ese goce o satisfacción que acarrea el desciframiento como un *deseo del saber*, condición de entrada en análisis, que difiere del *deseo de saber*, producto eventual de un análisis. El primer deseo tiene su antecedente en la curiosidad infantil y su objeto son los significantes que proporcionan algún tipo de explicación a lo real, reduciendo la angustia que acompaña al absurdo. Es por ello, dirá, que el deseo del saber va acompañado por un no querer saber: se recurre a un analista porque se le supone un saber de aquello que se ignora y que se prefiere continuar ignorando. Soler advierte que descansa en una esperanza que se suscita en el seno de un análisis: “Yo sabré puesto que el Otro sabe” (Soler, 2013: 23).

Sin embargo, la producción de  $S_1$ , rápidamente, ilumina que no hay acceso a un saber conclusivo, a una última palabra. Por esta vía no podrá colmarse la espera, ya que

ni siquiera la interpretación más lograda podría librarse de un residuo. El sentido es siempre fugitivo, ya que no hay interpretación completa ni cerrada.

En cambio, el objeto del deseo de saber no es otro que lo real. No apunta a dotar de un sentido a aquello que no lo tiene, ya que la ausencia de una explicación no descansa en la impotencia sino en la imposibilidad lógica que lo encarna. Es por eso que Lacan hace coincidir el levantamiento del horror al saber, con el nacimiento de un segundo deseo que adviene, ocasionalmente, al final del análisis: el deseo del analista.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anónimo. *El Nuevo Testamento*. Biblia católica. En <https://www.biblegateway.com/passage/?search=Daniel+2&version=NVI>
- Freud, S. (1893-1895). "Estudios sobre la histeria". En *Obras Completas*, Buenos Aires: Amorrortu, Vol. II, 1991.
- Freud, S. (1900-1901). "Los afectos en el sueño". En *La interpretación de los sueños*. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, Vol. V, 1993.
- Freud, S. (1905-1906). "Conferencia 6°. Premisas y técnica de la interpretación", En *Obras Completas*, Vol. XV, Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- Freud, S. (1912). "Recordar, repetir y elaborar". En *Obras Completas*, Vol. XII, Buenos Aires: Amorrortu, 1995.
- Lacan, J. (1955-56). *El Seminario 3. Las Psicosis*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- Lacan, J. (1964-65). "El Seminario 12. Problemas cruciales del Psicoanálisis". Inédito. En línea: <http://www.psicoanalisis.org/lacan/seminario12.htm>
- Lacan, J. (1968-69). *El Seminario 17. El Reverso del Psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lacan, J. (1970). "Radiofonía". En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1971-72). "...o peor. Reseña del Seminario 1971-1972". En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1972). "El atolondradicho". En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1973). "Introducción a la edición alemana de los *Escritos*". En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1973). "Introducción a la edición alemana de los *Escritos*". En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1973). "Nota italiana". En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1974). "El fenómeno lacaniano", Conferencia pronunciada en Niza el 30 de noviembre. En línea: <http://documents.mx/documents/allain-miller-jacques-lacan-el-fenomeno-lacaniano-55c810e760fbf.html>
- Nietzsche, F. (1887). *El crepúsculo de los ídolos*, Editorial Folio, Barcelona, 2007.
- Soler, C. (2013). *El fin y las finalidades del análisis*. Buenos Aires: Letra Viva, 2013.